

En Gallego, Ferran, *Pensar después de Auschwitz*. Mataró (Barcelona) (España): El Viejo Topo.

# El trabajo en la Alemania nazi.

Andreassi Cieri, Alejandro.

Cita:

Andreassi Cieri, Alejandro (2004). *El trabajo en la Alemania nazi*. En Gallego, Ferran *Pensar después de Auschwitz*. Mataró (Barcelona) (España): El Viejo Topo.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/alejandro.andreassi.cieri/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pvSk/Unh>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## EL TRABAJO EN LA ALEMANIA NAZI

ALEJANDRO ANDREASSI CIERI

El trabajo y su organización en la Alemania nazi tienen una estrecha vinculación con dos ejes fundamentales de la re-construcción social que planteaban los nazis: la constitución de la comunidad racial homogénea y orgánica (*Volksgemeinschaft*) y el productivismo, los cuales a su vez estaban relacionados funcional y conceptualmente<sup>1</sup>. Desde un punto de vista funcional la conexión procede de la propia naturaleza expansionista y militarista del proyecto racial. La constitución de un imperio a partir de la conquista del llamado *Lebensraum* o espacio vital a expensas de los países vecinos de la Europa Oriental y especialmente de la URSS, donde se realizaría la comunidad racialmente pura como casta dominante, implicaba como condición la recuperación por Alemania de un potencial militar que le otorgara una superioridad incuestionable, capaz de desencadenar y triunfar en una guerra que se preveía de larga duración y de gran alcance territorial<sup>2</sup>. Ello implicaba necesariamente no sólo la recuperación plena de la totalidad de la economía alemana en un marco necesariamente autárquico para evitar puntos vulnerables en ese

1. Para Anson Rabinbach el productivismo consiste simplemente en la pretensión de determinar en términos de cálculo la conversión e intercambios energéticos entre naturaleza y sociedad, o sea de considerar a la actividad productiva como una acción abstracta que homologa los comportamientos humanos con los movimientos de la naturaleza o de las máquinas, como consecuencia del principio de energía universal afirmado por los descubrimientos de la termodinámica y en especial de su primera ley, A. Rabinbach, *The Human Motor. Energy, Fatigue, and the Origins of Modernity*, Berkeley - Los Angeles, University of California Press, 1992, p. 3.

2. R. J., Overy, *War and Economy in the Third Reich*, Oxford, Clarendon Press, 1994.

“capitalismo de guerra”<sup>3</sup> que se preparaba, sino también el aumento de la capacidad industrial en términos de la productividad necesaria para optimizar los recursos productivos y poder encarar una guerra moderna. La relación entre productivismo y comunidad nacional tiene una implicación que excede el significado habitual que se le otorga al trabajo como actividad esencialmente económica, contribuyendo a la organización de los marcos y relaciones en el interior de la *Volksgemeinschaft*. En el nazismo el trabajo adquiere una dimensión cultural que potencia su papel como factor estructurante de lo social, en un sentido y con una finalidad más compleja que en otras sociedades, ya que no sólo es el mediador por excelencia de las relaciones sociales sino que además era uno de los factores fundamentales en el diseño biopolítico de la comunidad nacional al ser utilizado para decidir la inclusión o exclusión de los individuos de la comunidad, con las siniestras consecuencias que acarrearán esas decisiones del régimen nazi. Por lo tanto el trabajo no era sólo una actividad vinculada a la reproducción económica de la sociedad alemana sino también una herramienta fundamental en la construcción del mundo simbólico del nazismo.

Es este papel significativo el que nos obliga a detenernos un momento en el examen de la relación que se establece entre producción-productivismo y cultura. Como afirma Terry Eagleton<sup>4</sup>, etimológicamente cultura significa producción, y ésta, a su vez, significa “control del desarrollo natural”, por lo tanto mimesis con la naturaleza, combinada con la intervención demiúrgica en la misma. Los nazis asumieron este significado original, que les permitía fundamentar la cultura sobre una base “natural”, y justificar la conducta humana en términos exclusivamente biológicos. El recorrido metafórico que hay en la evolución semántica del término y que permite

3. Así definía Franz Neumann al régimen nazi en los años treinta: “El fascismo es la dictadura del partido fascista (nacionalsocialista), la burocracia, el ejército y los grandes negocios, la dictadura sobre todo el pueblo, para la organización cabal de la nación, para la guerra imperialista”, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, p. 400.

4. Terry Eagleton, *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*, Barcelona – Buenos Aires – México, Paidós, 2001, pp. 11-12.

nombrar una actividad intelectual, simbólica y abstracta del mismo modo que una actividad física, material y concreta, fue interrumpida por el discurso nazi. La metáfora se retiró para dar lugar a un sentido literal que les permitía vincular cultura con productivismo, fusionar aquella con éste, para volver al significado original, la cultura como producción y, por lo tanto, como imitación de la naturaleza. Sin embargo la necesidad de significación en la comunicación entre los individuos no podía desaparecer ya que en algún lugar debía procederse a la reproducción y organización del orden simbólico, aunque la actividad humana hubiera sido reducida a simple metabolismo con la naturaleza. Ese ámbito era el trabajo que al objetivar la intervención mimética del hombre con la naturaleza era portador de significación, adquiriendo no sólo el carácter de mediador de las relaciones sociales de producción sino también constituyéndose en el criterio discriminante de inclusión y exclusión en la comunidad nacional alemana, ya que en ésta era donde residía la *Kultur*, producto de la fuerza primordial que, vinculada a “la sangre y la tierra” definía los límites de la comunidad nacional alemana “biológicamente pura”. En consecuencia, el trabajo no era un producto de la actividad racional de los seres humanos, sino que era la naturaleza expresada en el ser humano, de ahí que “distintas” naturalezas “expresaran” distintas calidades de trabajo y viceversa, con lo que quedaba cerrado el círculo de la delimitación identitaria y jerarquizante con que construían la *Volksgemeinschaft*, en la cual racismo y eficiencia productiva formaban la combinación siniestra que hacía de la exclusión, la deshumanización y por último el exterminio las fases del descenso a los infiernos que construyeron los nazis para millones de seres humanos.

Además debe tenerse en cuenta el significado que cultura tenía para los teóricos de la revolución conservadora, que debía entenderse como una condición prepolítica, estético-vitalista y fundamentalmente opuesta a civilización como concepto que corresponde a una etapa de la historia humana en la que se impone la razón y la abstracción universalizadoras, sobre las culturas diferenciadoras e identitarias. Estas están más próximas a la tierra y la sangre, a las condiciones naturales que definen a los hombres y a sus sociedades, y por

lo tanto, esta disquisición acercaba aún más el concepto cultura a su significado originario, vinculado a la producción y por lo tanto al desarrollo de los procesos naturales de crecimiento. La cultura era vinculada nuevamente a su etimología a través de la tradición romántica decimonónica que buscaba un “alma” colectiva específica de los pueblos, una característica también pre-política y próxima a la visión de las comunidades humanas como totalidades orgánicas que representan colectivamente a organismos, a entidades biológicas, cuyas características están determinadas por la sangre y la tierra: *Blut und Boden*, y que determinaban sus exclusivas formas y costumbres vitales. Por ejemplo para Heidegger existe en el hombre una “actividad primordial” que es anterior a la actividad conceptual, cuando dice, en 1934, que “La contribución de la sangre [Das *Gebliut*: linaje, raza o estirpe] viene del estado de ánimo fundacional del hombre y corresponde a la determinación del *Dasein* [el ser humano o existencia que-está-ahí] por medio del trabajo [...] Como es una cosa original, la existencial nunca se revela a nosotros por medio de la cognición científica de los objetos, sino en los estados de ánimo esenciales que florecen en el trabajo y en la vocación histórica de un *Volk* que predetermina todo lo demás”, en la que el trabajo es el medio por el cual se expresa la determinación biológica<sup>5</sup>. Esa identificación se revela directamente en el discurso de los principales dirigentes nazis. En el “Día del Trabajo del Partido” celebrado en Nuremberg en mayo de 1937, Hitler afirmó que “la construcción de la nueva Alemania sólo podía ser el resultado de una actividad industrial incesante”, mientras Rudolf Hess proclamaba que “...mediante el trabajo, Alemania volvería a ser fuerte y libre nuevamente”<sup>6</sup>.

Al negar la posibilidad de trascendencia, el nazismo limitó la cultura al contenido de diversas formas concretas de vida características

5. Martin Heidegger, *Das Rektorat 1933-34: Tatsachen und Gedanken*, citado por Richard Wolin, *Los hijos de Heidegger. Hanna Arendt, Karl Löwith, Hans Jonas y Herbert Marcuse*, Madrid, 2003, p. 284.

6. Tim Mason, “The origins of the law on the Organization of National Labour of 20 January 1934. An investigation into the relationship between ‘archaic’ and ‘modern’”, en *Nazism, Fascism, and the Working Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 92.

de cada pueblo o comunidad humana, y por lo tanto, transformó a sus manifestaciones en las consecuencias de una “predisposición esencial” que derivaba en lo puramente biológico, que sólo podía encontrar su fundamento en la naturaleza, una naturaleza concebida como negación de la posibilidad de cualquier abstracción, generalización o sistematización, refractaria a la razón y por ello realidad insuperable. La oposición-articulación entre lo artificial y lo natural se resolvía, de este modo, a través de la imposición de la última condición. Los productos de la actividad racional, y esa misma actividad eran observados como el sacrilegio cometido por un insensato deseo de trascendencia que una y otra vez volvía a ser derrotado por la actividad de esas realidades esenciales. Según Hitler, en el prefacio del *Organisationsbuch der NSDAP*, “En su vida, el hombre depende exactamente de las mismas leyes generales de la vida que el intelecto humano, siendo limitado, es por otra parte, capaz de constatar. Pues toda la sabiduría es incapaz de construir las leyes de la vida; como mucho sólo puede conocerlas. Tal comprensión, tal saber sólo conduce a la humildad, jamás a la presunción; pues ese saber pone de manifiesto la racionalidad soberana que rige y determina la vida, así como la existencia de los hombres está subordinada a esos grandes factores determinantes”<sup>7</sup>. El pensamiento conservador revolucionario y la doctrina nazi que se nutre de él niegan rotundamente que la especie humana sea un producto natural que tiene la extraordinaria potencia para trascender su propio marco de origen, al menos en el sentido de transformarlo. Como dice Terry Eagleton, no se trata de “deconstruir la oposición ente cultura y naturaleza, lo importante es entender que el término ‘cultura’ ya incluye en sí mismo esa deconstrucción”<sup>8</sup>. La cultura es la actividad que originada en la naturaleza, la modifica, justamente porque convierte en significativa, y por ende en simbólica, no sólo a la naturaleza sino el propio proceso de su transformación para los seres humanos, lo que implica operaciones de sistematización, generalización y abstracción,

7. Citado por Joseph Billig, *L'hitlerisme et le système concentrationnaire*, Paris, Quadrige-PUF, 2000, p. 42.

8. Terry Eagleton, *La idea de cultura...*, op. cit., p. 13.

en los que los hombres operando sobre la naturaleza se transforman a sí mismos. En ello reside la posibilidad de su trascendencia, en que no es externa a ella sino que ésta figura en los pliegues de la propia textura natural, y en el carácter, siempre contradictorio, de las relaciones entre ésta y la sociedad y en el interior de la misma. Digamos que, paradójicamente, en su inmanencia encuentra la posibilidad de su trascendencia. El carácter inmanente de la crítica, que permite esa trascendencia —la construcción utópica— reside justamente en que señala la posibilidad de superación del presente al colocar a la cultura vigente frente a los mismos valores que ha generado y que al no realizar se convierten en su negación<sup>9</sup>. Esta situación dialéctica, y por ende contradictoria, es radicalmente negada por la doctrina nazi. Por el contrario, atribuían a la Naturaleza una potencia determinista que moldeaba a las instancias sociales con los elementos de desigualdad, lucha por la supervivencia y dominio de los más fuertes. Paradójicamente, buscaban en el mundo natural la legitimidad de sus proyectos mediante la proyección en aquel de su concepción de la condición humana, dibujando un paisaje natural que se parecía al tipo de sociedad que estaban intentando construir. Para el nazismo la “violación” del mandato natural por lo principios igualitarios procedentes de la Ilustración y de la Revolución francesa era la peor forma de tiranía, y por lo tanto, automáticamente lo contrario, someterse a los designios de la Naturaleza cumpliendo con el papel de *Herrenvolk* que se reservaban los alemanes, era la condición de libertad, la que se manifestaba en el ejercicio del dominio que era al mismo tiempo causa y consecuencia de la desigualdad “natural” entre los hombres y los pueblos.

Esa vinculación entre parámetros raciales y laborales sería utilizada para la configuración de Alemania como una *Leistungsgemeinschaft*, una comunidad definida y constituida por la eficiencia y el rendimiento (*Leistung* significa también producción)<sup>10</sup>. La eficiencia pro-

9. Idem, p. 40.

10. Tim Mason, “The origins of the law on the Organization of National Labour of 20 January 1934. An investigation into the relationship between ‘archaic’ and ‘modern’”, op. cit., p. 93. Según éste “...es una visión de un nuevo capitalismo tecnocrático,

ductiva sería la clave para comprobar que efectivamente la comunidad nacional había alcanzado su cohesión orgánica, comportándose como un ser colectivo dotado de vida propia e identificado con la naturaleza, con la que, mediante su mimesis, se reconciliaba subordinándose a ella. Emmanuel Levinas afirma que lo esencial en la doctrina del nazismo es que “... Lo biológico, con la noción de inevitabilidad que implica, es más que el objeto de la vida espiritual. Se transforma en su núcleo [...] la esencia del hombre deja de residir en la libertad, para transformarse en una especie de *enchaînement*”<sup>11</sup>. En esta construcción que busca legitimar y justificar la dominación y la desigualdad como principios “naturales”, juega un papel fundamental el propio contenido mítico de la ideología del nazismo. Todas las ideologías poseen un núcleo irracional, basado en sentimientos, emociones, percepciones o incluso prejuicios, que son recubiertas de un cierto logos. Pero el fascismo alemán tiene un núcleo mítico que es reivindicado, no ocultado por sus partícipes, sino que por el contrario es ostensiblemente mostrado como la base de su propia “lógica”. El trabajo, no los trabajadores, tiene una dimensión ontológica que está vinculada con ese mito, y por lo tanto un componente fundamental de su ideología, en tanto el trabajo es el rasgo del ser que se manifiesta como energía, fuerza y dominio. Es esa energía y afán de dominio que Rosenberg identifica en el dirigente industrial, que dirige al conjunto de individuos que cumplen sus órdenes, obedeciendo y haciendo cumplir las leyes inflexibles que impone la Naturaleza, cuyo conocimiento domina en virtud de su función dirigente<sup>12</sup>. La posición dominante del empresario es a su vez producto del determinismo de las fuerzas biológicas que fijan su “superioridad natural”, respecto a otros hombres, ya que su conocimiento de la técnica, de las leyes naturales, le permite seguir el impulso potente que la fuerza ciega de las fuerzas naturales, imponiéndola a los hombres

legitimado por su propia eficiencia, en el cual jugaban un rol decisivo la capacidad para satisfacer a los trabajadores con sistemas de seguridad social científicamente probados y un progresivo aumento de sus ingresos vinculados a su rendimiento”, p. 92.

11. Emmanuel Levinas, “Reflections on the Philosophy of Hitlerism”, *Critical Inquiry*, 17 (Autumn 1990, artículo publicado originalmente en *Esprit* en 1934), p. 69.

12. Joseph Billig, *L'hitlerisme et le système concentrationnaire*, op. cit., pp. 43-46.

que él domina, y que se manifiesta tanto en la producción industrial como en la guerra. Según Lacoue-Labarthe el núcleo mítico del nazismo no es la insistencia en la referencia a las antiguas tradiciones germánicas, no es mitológico, aunque parte de esta simbología forma parte inseparable de su estética política, como la figura solar que representa la cruz esvástica o los símbolos rúnicos y las referencias al paganismo germánico o escandinavo; el mito es el propio movimiento nazi, es la realidad deseada, imaginada y construida por los nazis como potencia, como afirmación, como acto performativo representado por la construcción de una comunidad cohesionada en función de la raza. Porque el núcleo esencial del mito reside en que el movimiento nacionalsocialista se postula como la respuesta a un impulso primordial, vital, surgido del mandato expreso de las leyes naturales. El mito supone una fuerza primordial, que los ideólogos del nazismo —Rosemberg, Baumler— atribuyeron a la sangre como objetivación de la vida y a través suyo de la naturaleza, cuya potencia se expresaba en la elaboración de forma (Gestalt), en la definición de límites que exaltan las diferencias y, de este modo, se manifiesta mediante la negación absoluta y radical de la universalidad y la igualdad en los seres humanos. Por ello el pensamiento racista y especialmente el racismo biológico, era fisiognómico —modalidad doctrinal también cultivada por los círculos de la “revolución conservadora”, como Spengler— porque el mito se expresaba a través de fenotipos a los que consideraban expresión irrefutable de esa fuerza primordial cuyo objeto y consecuencia era la diferenciación, la desigualdad y la no universalidad de los seres humanos<sup>13</sup>. La forma y por lo tanto la diferencia es la esencia del mito, y por lo tanto será “la forma como contenido” la que definirá las pautas de la reorganización de la sociedad como comunidad “racialmente pura” o *Volksge-*

13. El mismo principio, por el cual se otorga al comportamiento y a la personalidad en general de cada persona una base “constitutiva”, como si se tratara de un fenotipo, caracterizó también a la escuela jurídica del nacionalsocialismo, cuando se consideraba que un delincuente lo era “en esencia (*wer seinem Wesen nach ein Dieb ist*)”, ver Franz Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México, FCE, 1983 (1ª ed. 1942), pp. 499.

*meinschaft*. El nazismo debía ser considerado, según Himmler, como biología aplicada. De acuerdo con las ideas al uso desde el gran impacto producido por las teorías de la evolución y de la herencia, se consideraba que la gran aportación de la biología era haber fundado científicamente que la evolución y perfección de las especies vivientes era resultado de una lucha y competencia constantes entre especies, donde las diferencias entre unas y otras señalan sus posibilidades de supervivencia y dominio, y donde las más aptas condenaban a las más débiles a su extinción o a una existencia marginal. Pronto se pretendió dar cuenta de las desigualdades y conflictos sociales mediante la traslación de estos conceptos biológicos a la interpretación de la sociedad, y como nos ha mostrado claramente Kenan Malik<sup>14</sup>, el racismo tuvo su origen en la lectura que de las diferencias de clase hicieron las elites europeas respecto de las poblaciones de sus propios países, incluso antes de que la expansión colonial lo acentuara como legitimador del dominio de otros pueblos por las grandes potencias. Según esa interpretación la postración y miseria del proletariado industrial que surgía de las “oscuras fábricas infernales”, al decir de William Blake, era producto de una pretendida constitución biológica diferente a la de las clases propietarias, que les hacía susceptibles a la “degeneración”, y no de las condiciones de trabajo y de vida a que les sometía el capitalismo de la revolución industrial.

Para el nacionalsocialismo la delimitación racial, que conduciría a la homogeneidad étnica, era el instrumento previo para superar la crisis general que diagnosticaban para Alemania. Carl Schmitt justificaría la *Gleichartigkeit* [homogeneidad] para oponerla a la *Gleichheit* [igualdad] que es necesario destruir junto con toda la cultura política y filosófica derivada de la Revolución francesa, como fundamento del estado nacional-socialista. La leyenda del *Dolchstoß* [“la puñalada por la espalda”] surge justamente de esa consideración de que fueron elementos extraños a la “genuina” nación alemana y representantes de ese magma cosmopolita que anulaba diferencias y minaba jerarquías —socialistas, anarquistas, judíos y derrotistas— los que

14. Kenan Malik, *The Meaning of Race. Race, History and Culture in Western Society*, New York, New York University Press, 1996.

como cuerpos “extraños” o “agentes infecciosos” impidieron la victoria alemana en la guerra. Ese también mito, alimentado por los máximos dirigentes militares de la guerra, Hindenburg y Lüdendorf, para intentar ocultar su responsabilidad en la derrota, fue un poderoso refuerzo que retroalimentó el mito fundamental del movimiento nazi. También el mito perseguía devolver la seguridad a sus miembros al sentirse acogidos en un círculo del que se han expulsado todas las amenazas. La *Sicherheit*, su recuperación es otro de los leitmotiv que aparecen en los textos de los teóricos de la revolución conservadora alemana y en los círculos *völkisch* en los que se nutre el nazismo, que surge de la incertidumbre radical de los tiempos que suceden a la Gran Guerra. ¿Y cuáles eran esas amenazas? Éstas están significadas por la decadencia expresada mediante metáforas médico biológicas que hablan de “cuerpos enfermos” y de “cirugías radicales” para extirpar “tumores malignos e infecciones”. Todo un lenguaje pseudo-médico para metáforas que dejarán de serlo cuando la persecución racial y política realizada por la dictadura nazi convierta a esos términos en los eufemismos técnicos para materializar la tortura, esclavización y el exterminio de millones de seres humanos. El mito era, por lo tanto, la fuerza interna que sólo pertenecía a ese grupo definido por la raza, y que afirmaba su capacidad de cohesión dibujando la forma de la alteridad, de los “otros” que debían ser expulsados para afirmar lo propio, no contaminado, puro y por lo tanto no degenerado, decadente y disoluto. Esta es una elaboración reactiva a una de las principales obsesiones de los fascismos, que al mismo tiempo eran presentadas, no como tales, sino como argumentos “científicos” y por lo tanto justificadores de un modo irrefutable de su propio proyecto. Una de ellas era el temor a la entropía social, a la que también y especialmente en los núcleos intelectuales de la revolución conservadora se la designaba como “decadencia” o “degeneración”, recurriendo a las metáforas médico-biológicas, el temor a que la sociedad se transformara en un cuerpo inerte por efecto de la degeneración producida por el vértigo anarquizante de la sociedad de masas. El funcionamiento pleno de la democracia weimariana con sus debates parlamentarios, su sucesión de gobiernos, la influencia de las organizaciones obreras, y la permanente transformación que se pro-

ducía en el campo de las artes y el pensamiento, eran para los nazis la materialización de esa tendencia entrópica que estaban dispuestos a detener y revertir a sangre y fuego. Frente a ella el fascismo se proponía la dinamización de la sociedad cohesionada por una sólida dictadura carismática que la movilizaría primero contra quienes por su cultura o su ideología actuaban como “cuerpos extraños” o “agentes infecciosos” en el tejido social alemán, luego en la tensión productivista que proveería a la comunidad nacional así activada de la potencia necesaria para encarar la actividad máxima que la salvaría de la entropía: la guerra de conquista y la dominación y explotación del *Lebensraum* y los pueblos que lo habitaban. Era un activismo que en realidad tenía como objetivo su autoperpetuación, una fuga hacia delante ya que la cohesión social se lograba mediante la combinación del terror represivo y la movilización constante, activismo que al constituir un fin en sí mismo pasaba a formar parte del mito, precisamente por su carácter palingenésico. Ese activismo, ese “movimiento continuo” hacia un objetivo siempre por alcanzar —como el mito soreliano— fue, sin embargo canalizado no sólo a través del enfrentamiento con el movimiento obrero y socialista, sino que también se intentó objetivar a través de la consolidación e impulso de las potencialidades de la civilización del capitalismo, su energía, su potencia tecnológica y científica. Para ello debían suprimir los factores que parecían amenazarla con su disolución, que se hicieron especialmente manifiestos al final de la Primera Guerra Mundial, pero que en realidad se fueron intensificando desde el cambio de siglo, como eran la exigencia y la presión de las clases subalternas por una democracia sin limitaciones, así como una participación del movimiento obrero en la gestión económica en pie de igualdad con las elites tradicionales. La Gran Guerra había sido la gran experiencia que les había permitido comprobar que esa democracia de masas podía ser sustituida por una dictadura de masas —¿qué otra cosa podían ser esas sociedades movilizadas bajo sus mandos militares e industriales?— en la que la población aceptara integrarse sometándose a un fuerte liderazgo, siempre y cuando éste les asignara a todos su papel social y que aceptarían cambiar libertad por seguridad frente al futuro, en la forma de una acción política agresiva en todos los ámbitos

sociales, que no descartaba el rearme y la expansión imperialista. El capitalismo como sistema basado en la empresa, donde el empresario era el *condottiero* de la modernidad que reunía en sí el control de la energía y la potencia para desarrollar nuevos proyectos —recordar la admiración de Hitler por Ford, por Ferdinand Porsche—, era también, con su lucha despiadada en la que se imponían los mejores y más fuertes, la imagen viviente del social-darwinismo que alentaba en los fundamentos del fascismo. El antisemitismo de Henry Ford había contribuido a su beneplácito, tanto como su valoración positiva del capitalismo “productivo”, donde el empresario era un “creador” que buscaba un beneficio “honesto”, frente al especulador financiero que obtenía ganancias parasitarias y que identificaba con la figura del judío tal como lo hacían los fascismos. Ya que una característica de la “economía política” nazi, muy deudora del pensamiento “revolucionario conservador” de la década de 1920, era la identificación de dos tipos de capitalismo. Un capitalismo “positivo”, que era el que impulsaba la gran industria y el desarrollo infraestructural y tecnológico, al que Charles S. Maier denomina como “capitalismo no de suma cero”, que pretendidamente permitiría, al mismo tiempo, incrementar los beneficios empresariales y redistribuir a los trabajadores conduciendo a la supresión del conflicto de clases. En este sistema “no suma cero” el aumento de la productividad obtenido por las técnicas de racionalización, bajo la dirección de los ingenieros y científicos aseguraría una distribución del producto social que no amenazara ni la estructura jerárquica de la sociedad ni la desigualdad natural y necesaria entre los hombres y las clases<sup>15</sup>. Su contrapartida

15. Charles S. Maier, *In search of stability. Explorations in historical political economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 33-38. También ver Herbert Hoover (chairman), *Recent Economic Changes in the United States. Report of the Committee on Recent Economic Changes of the President's Conference on Unemployment*, New York, McGraw Hill Book Company, 1929, pp. ix - xiii; donde se destaca a la “velocidad, más que el cambio estructural, y la tecnificación que permite transformar a obreros no cualificados en ¡¡¡especializados!!!” como los factores que aumentando la productividad han asegurado un aumento general de la prosperidad de la población norteamericana sin modificar su estructura social previa. Ver también Thomas Rohkramer, *Einere andere Moderne? Zivilisationskritik, Natur und Technik in Deutschland 1880-1933*, Paderborn-München-Wien-Zürich, Ferdinand Schöningh, 1999, pp. 340-341.

sería el capitalismo “negativo”, el financiero y comercial. El “anticapitalismo” pequeño burgués, también llamado “socialismo artesanal”, que fue decapitado en las purgas de junio de 1934 (apoyadas por los círculos de negocios y el ejército), limitaba sus reivindicaciones a la eliminación de las cooperativas de consumo y los grandes almacenes comerciales (aunque en algún momento llegó a manifestarse en contra de las grandes sociedades anónimas industriales), y también las instituciones bancarias<sup>16</sup>.

La homogeneidad “racial” que perseguían los nazis no impedía el mantenimiento de las jerarquías y de las clases sociales desarrolladas bajo el capitalismo, por el contrario las favorecía de acuerdo con sus básicos postulados social-darwinistas, y en todo caso pretendía perfeccionar los mecanismos de selección de liderazgos y la consolidación de la lealtad de los trabajadores a sus empresas en términos más eficaces de lo que habían sido los métodos del viejo capitalismo de matriz paternalista anterior a la Gran Guerra<sup>17</sup>. Ambos se unen como condiciones recíprocas del logro de la *Betriebsgemeinschaft*<sup>18</sup>, o sea la comunidad que tiene como escenario y función la fábrica, donde se opera la “naturalización” del papel dirigente del empresario y de la estructura jerárquica de la empresa. En ese sentido serán fundamentales las aplicaciones de los principios de la Organización Científica del Trabajo (OCT), como el taylorismo y la *Arbeitswissenschaft*. El proceso de racionalización de la actividad laboral impulsado ya en la

16. Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, Bloomington, Indiana University Press, 1964, pp. 117-119.

17. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, London, Penguin, 1987, p. 247.

18. El concepto *Betriebsgemeinschaft* completa y da cobijo “institucional” al de OCT que con su fragmentación de las tareas y del proceso de trabajo generaba una estratificación y jerarquización de las relaciones laborales de carácter y marchamo técnico que garantizaba el carácter “imparcial” y alejado de cualquier especulación ideológica o partidista, ver D. Peukert, *The Weimar republic*, New York, Hill and Wang, 1987, pp. 112-115. La adopción de las técnicas tayloristas tenía una tradición que se remontaba, por lo menos, al período inmediatamente anterior a la primera guerra mundial, y a pesar de que no existía un acuerdo unánime sobre sus ventajas, se las consideraba un producto de la nueva ciencia del trabajo, tan en boga en Alemania. Tenía puntos de apoyo en la ergonomía y unas premisas fisiológicas fundamentales que pretendían estandarizar la actividad humana para lograr una mayor eficacia productiva.

década de 1920 tenía como objetivos el aumento incesante de la productividad, pero también había comenzado a adiestrar a los trabajadores en la aceptación de la subordinación casi militar a la dirección de la empresa así como a estimular un fuerte sentimiento nacionalista (era el tipo de enseñanza que se impartía a los aprendices en las escuelas del DINTA Instituto Alemán de Enseñanza Técnica, según su director y más tarde figura destacada en el *Deutsche Arbeit front*, Carl Arnhold)<sup>19</sup>. El objetivo final del DINTA era “liberar al trabajador y a su esfuerzo por mejorar económicamente, de una vez para siempre, de la concepción envenenada de que se le extrae una plusvalía de lo que produce”. Los métodos de la OCT eran al mismo tiempo causa y efecto del sometimiento de la fuerza de trabajo: desaparecían los convenios colectivos y las remuneraciones eran fijadas en base al rendimiento individual de cada trabajador (*Leistungsprinzip*)<sup>20</sup>. Pero, más importante aún: la provisión de sistemas asistenciales a nivel de empresa (médicos y otros servicios sociales, incluido alojamiento) fijaban y subordinaban aun más al trabajador a la empresa, un procedimiento que recuperaba la práctica paternalista de preguerra, pero que se combinaba con los modernos métodos de organización de la producción. Esto era completado por programas en los que se aplicaban los conceptos psicotécnicos y ergonómicos ya elaborados durante Weimar, como el programa realizado por el *Amt Schönheit der Arbeit* (Oficina de Belleza del trabajo) (fundada en 27/11/1933), que recogía los estudios de la DINTA y de Goetz Briefs, entre otros<sup>21</sup>.

Al mismo tiempo una preocupación del régimen fue asegurarse la cooptación o al menos la pasividad de la clase obrera mediante la promoción de programas que remedaban una cierta política de “Welfa-

19. Tim Mason, pp. 90-91. J. Campbel cita a Albert Vögler, fundador del DINTA, que en 1925 afirmaba que el propósito era “...aumentar la productividad ganándose el corazón y la mente de los trabajadores”, p. 244. Mary Nolan, *Visions of Modernity*, pp. 190-192, quien afirma que el DINTA no solo era un impulsor del taylorismo y fordismo, sino también del modelo “comunitario” de producción, combinando modernidad económica con emulación de los modelos de organización y mentalidad militar y una ideología sumamente autoritaria del liderazgo en la industria.

20. Dick Geary, *Hitler and Nazism*, London-New York, Routledge, 2000, p. 52.

21. Anson Rabinbach, *The Human Motor*, op. cit., pp. 286-287.

re State”, como eran los programas de *Kraft durch Freude* (Fuerza mediante la Alegría) y *Schönheit der Arbeit* (Belleza del trabajo), que completaban aquellas otras disposiciones y enfoques. Éstos forman parte de lo que Walter Benjamin denominó “la estetización de la política”, como rasgo principal del nazismo, donde los movimientos y actos de masas permitían a sus participantes “expresarse” pero “no ejercer sus propios derechos”, que de ese modo también se trasladaron a las experiencias cotidianas de los trabajadores, o sea a la práctica simbólica vinculada a las actividades laborales, al mundo del trabajo manual, aunque en este último caso Lüdtke ve también la continuidad de los procesos anteriores a 1933 en la construcción de significados, por ejemplo la reforma de los espacios industriales y de los servicios para los trabajadores en las mismas fábricas, como una forma de objetivar el prometido asistencialismo patronal y estatal a cambio de la obediencia y lealtad al orden jerárquico, donde los símbolos eran al mismo tiempo beneficios prácticos reales<sup>22</sup>. Eran una forma que pretendía estimular el sentimiento de pertenecer a una comunidad que trascendía las diferencias de clase y jerarquía y al mismo tiempo el individualismo centrado en el desempeño personal, que se apoyaba simultáneamente en el estímulo al sometimiento y al compromiso del trabajador. Era la integración mediante el trabajo, en la que el régimen nazi utilizaba formas y actitudes icónicas, que conectaban con los símbolos utilizados por los propios trabajadores para construir y expresar los significados que atribuían al mundo del trabajo<sup>23</sup>, las relaciones que establecían entre sí y con los procedimientos de trabajo, así como con las jerarquías directi-

22. Alf Lüdtke, “The ‘Honour of labor’. Industrial workers and the power of symbols under National Socialism”, David Crew (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, London, Routledge, 1994, pp. 96-98.

23. “...true Germans were no longer distinguished primarily by certain outward characteristics, but by their capacity for work and their willingness to conform. Behind this lay the ideal of a ‘two-thirds society’ with a high degree of social mobility. Hard workers and achievers would no longer be hindered in their advancement by the old class barriers, while the ‘useless third’ would be excluded and marginalized”, Götz Aly and Susanne Heim, *Architects of Annihilation. Auschwitz and the Logic of Destruction*, London, Weidenfeld and Nicholson, 2002 (primera edición alemana en 1991), p. 288.

vas<sup>24</sup>. Por lo tanto, la vida social extralaboral también fue controlada como parte del proceso de *Gleichshaltung*: la centralización del poder bajo control nazi<sup>25</sup>.

Una pieza clave en el desarrollo y aplicación técnica de los métodos preconizados por la OCT era el “*Reichsausschuß für Arbeitszeitermittlung*” (REFA Comité del Reich para el Estudio del Trabajo). Fundado en 1924 e incorporado en 1935 en el DAF, era un ferviente defensor del taylorismo y había elaborado un patrón de cálculo del salario por piezas o destajo en función de la cantidad de piezas que debían producirse en la unidad de tiempo, que pretendían válido “para el trabajo humano en general, independientemente del proceso de trabajo y la capacidad individual” Estaban intentando objetivar el concepto trabajo abstracto. Estos procesos orientaban cada vez más el significado de la *Volksgemeinschaft* en el sentido de una *Leitungsgemeinschaft*, una comunidad de rendimiento, vinculando productividad e integración, la eficacia como condición del derecho a ser incluido en la comunidad<sup>26</sup>.

El trabajo fue al mismo tiempo el vehículo para alcanzar una férrea disciplina social y al mismo tiempo el proveedor de la potencia necesaria para cumplir las expectativas expansionistas y militaristas de la dirigencia nazi. La comunidad de empresa o *Betriebsgemeinschaft*, fue ensayada como el modelo sobre el cual organizar y encuadrar al conjunto de la población alemana. La estructura jerárquica y la

don, Weidenfeld and Nicholson, 2002 (primera edición alemana en 1991), p. 288.

24. Alf Lüdtke pone como ejemplo la “suspensión” transitoria de la relación jerárquica —con motivo de alguna celebración en la empresa, como mecanismo que al mismo tiempo reafirma y “naturaliza” esa relación jerárquica (su suspensión justamente confirma su existencia y su necesidad para continuar la producción, ya que la suspensión de la relación jerárquica acompaña a la suspensión de la producción), o el famoso “descenso” a las fábricas de Robert Ley estrechando la mano a los trabajadores, Alf Lüdtke, “The ‘Honor of labor’. Industrial workers and the power of symbols under National Socialism”, en David Crew (ed.), *Nazism and German Society, 1933-1945*, London, Routledge, 1994, pp. 71-73.

25. Martin Kitchen, *El período de entreguerras en Europa*, Madrid, Alianza, 1992, p. 309.

26. Tilla Siegel, “Rationalizing Industrial Relations”, Thomas Childers y Jane Caplan (Eds.), *Reevaluating the Third Reich*, New York-London, Holmes & Meier, 1993, p. 150.

subordinación de la fuerza de trabajo al empresario quedó firmemente establecida en la ley de organización del Trabajo Nacional Alemán de 20 de junio de 1934 [*Gesetz zur Ordnung der nationalen Arbeit*]<sup>27</sup> cuyo objetivo era impedir el conflicto laboral. Respondía a los objetivos afirmados por Goetz Briefs, poco antes de su sanción: “Los objetivos de la política social industrial —pacificar la fuerza de trabajo, eliminar disputas, suprimir los motivos de tensión social, animar al trabajador a la autoayuda, estimular el liderazgo y la productividad, salvaguardar la existencia de la planta, intentar transformar al obrero en un propietario, mediante la promoción de viviendas o cooperativas, para reforzar las ideas nacionales y rechazar el conflicto de clases”<sup>28</sup>. El conflicto laboral dejaba de ser considerado, como sucedía en la República de Weimar, una manifestación de la acción social en el ejercicio de los derechos de prestadores y dadores de trabajo para defender y dirimir sus intereses que debía ser regulado y canalizado, que implicaba el derecho a plantear y realizar el conflicto especialmente a través del derecho de huelga<sup>29</sup>. Las huelgas eran prohibidas, pero no sólo como expresión de la suspensión de un derecho sino como confirmación del carácter “asocial” de quienes las

27. La ley tuvo sus orígenes a fines de 1933, Fritz Thyssen propuso que un “consejo de líderes” (empresario, un empleado y un obrero de planta) decidieran sobre las cuestiones relativas a las relaciones laborales, con el fin de aliviar el trabajo de los fiduciarios. Sobre éste, Schmitt y Hitler acordaron (luego se sumaría Franz Seldte, ministro de Trabajo, Keppler y Ley) excluir al DAF de la regulación de las relaciones laborales y conflictos, y en definitiva dejarían al partido nazi fuera de esta esfera, estableciendo una relación entre el empresariado y el Estado, ver Arthur Schweitzer *Big Business in the Third Reich*, op. cit., p. 361. Incluía también la figura de los Fiduciarios del trabajo (la mayoría de los elegidos para esta función procedían del mundo de los negocios), que eran funcionarios estatales bajo la jurisdicción del Ministerio de Trabajo, y cuya función era la de velar por el mantenimiento de la paz en el trabajo (consejos de confianza, vigilar cumplimiento de normas sobre organización de empresa, decidir en caso de propuesta de despido, dictar pautas y ordenamientos de tarifa, cooperar en la jurisdicción del honor social, informar al gobierno sobre desenvolvimiento de política social), Dick Geary, *Hitler and Nazism*, op. cit., p. 50.

28. Tim Mason, “The Law on the Organization of National Labour”, op. cit., p. 96.

29. Provisionalmente y tan pronto como en mayo de 1933 se designan Fiduciarios laborales, cuya función era proteger los intereses del Estado, del cual eran representantes, para vigilar e impedir el conflicto laboral, Tim Mason, “The Law on the Organization of National Labour”, op. cit., p. 81.

organizaban o participaban en ellas. Éstas no eran sólo la manifestación de un derecho conculcado, o la comisión de un delito, sino además la expresión de una conducta individual y colectiva “desviada” que confirmaba los diagnósticos biólogos de la situación política y social en Alemania antes del acceso de los nazis al poder, y que debía ser corregida y sus agentes “erradicados” en la retórica bio-médico-política tan habitual en el discurso nacionalsocialista. Entroncaba con el carácter patógeno que los nazis atribuían al movimiento obrero y a las organizaciones socialdemócratas y comunistas y en general al pensamiento marxista y libertario en la sociedad alemana. Además la ley consagraba a la empresa como un modelo o réplica de la comunidad nacional en que pretendían convertir a Alemania —la *Volks-gemeinschaft*— según las pautas de jerarquía, autoridad y liderazgo indiscutido del empresario, transformado en *Betriebsführer* [líder de empresa], sobre sus empleados considerados miembros de la *Gefolgschaft* [séquito o hueste, según las diversas acepciones], un término que denota claramente una relación de subordinación incondicional de la fuerza de trabajo al patrono. Ésta aseguraría la cooperación en la persecución de los objetivos de producción de sus empleados, a cambio de una condescendencia empresarial en ciertos ámbitos de la protección social desterrando el antiguo conflicto crónico entre patronos y asalariados. Ya que uno de los objetivos del régimen, en lo que también coincidían con reivindicaciones largamente acariciadas por el mundo de los negocios era el retorno de los servicios sociales al ámbito de las empresas, una práctica llevada a cabo con éxito por las grandes corporaciones durante el *Kaiserreich*, pues que la gestión directa de esas prestaciones por los empresarios permitía también un control suplementario de la fuerza de trabajo. Al régimen simultáneamente le permitía perfilar el modelo segregacionista que estaba edificando al poder determinar a nivel de las mismas quiénes podían gozar de esos beneficios sociales y quiénes estaban excluidos de los mismos en virtud de su “inadecuación” a las exigencias raciales, conductuales, culturales y políticas del Tercer Reich, lo que permitía una visualización más cotidiana y próxima a los alemanes de a pie sobre la consolidación y funcionamiento de la *Volks-gemeinschaft*, que si esos procedimientos de exclusión se hubiesen llevado exclusivamen-

te a un nivel centralizado en las estructuras ministeriales. Esa comunidad eliminaba la incertidumbre y la inseguridad, reemplazando la “libertad práctica” de una imposible búsqueda de la igualdad en el socialismo o el liberalismo, por una “libertad interior” que se alcanzaba mediante la incorporación de cada uno a ese “superyo” colectivo en el que lograría cada uno la plenitud al objetivarse como parte constitutiva, y por lo tanto esencial —independientemente del pedazo ocupado en la escala social— de esa totalidad orgánica que era la *Volks-gemeinschaft*<sup>30</sup>.

Una señal de la importancia que la dirigencia nazi otorgó a la regulación de la organización del trabajo como medio para garantizar la fidelidad empresarial al régimen, es que el único ámbito fuera de las organizaciones del partido donde se explicitó expresamente el *Führersprinzip* fue el laboral, al quedar en dicha ley consignada la figura del empresario como *Betriebsführer*, lo que era un reconocimiento explícito de la doble condición económica y política de las relaciones laborales, así como que éste era uno de los motores de la revitalización de la potencia alemana que pretendía el nazismo. Las únicas organizaciones que mantuvieron su autonomía respecto al NSDAP fueron las empresariales: la RDI cambió su nombre a *Reichsstand der deutschen Industrie* bajo la dirección de von Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, y los acuerdos para formalizar el nuevo marco de relaciones laborales se realizó marginado al DAF, mientras que eran interlocutores privilegiados los representantes de las grandes corporaciones empresariales y el Ministerio de Trabajo<sup>31</sup>. Según Joseph Billig, los ideólogos del nacionalsocialismo veían en los empresarios reunidas “las pasiones del creador y las del propietario”<sup>32</sup>. Henry Ashby Turner reconoce que el compromiso de Hitler “...con la propiedad privada y la libre competencia no derivaba de la conveniencia sino de sus fanáticas creencias afines al darwinismo social acerca de la naturaleza de la humanidad y de la sociedad [...] Hitler era un

30. Peter Watson, *Historia Intelectual del Siglo XX*, op. cit., p. 191.

31. Dick Geary, *Hitler and Nazism*, op. cit., pp. 41-42. Martin Kitchen, *El periodo de entreguerras en Europa*, op. cit., p. 313.

32. Joseph Billig, *L'hitlerisme et le système concentrationnaire*, op. cit., pp. 42 y 302.

antisocialista por convicción, no por oportunismo”<sup>33</sup>. Estas consideraciones de Nietzsche en uno de sus aforismos en *Más allá del bien y del mal* podrían muy bien haber inspirado este tipo concepción: “... la vida misma es *esencialmente* [en cursiva en el original] apropiación, ofensa, avasallamiento de lo que es extraño y más débil, opresión, dureza, imposición de formas propias, anexión y al menos, en el caso más suave, explotación [...] hoy se fantasea en todas partes, incluso bajo disfraces científicos, con estados venideros de la sociedad en los cuales desaparecerá “el carácter explotador”: a mis oídos esto suena como si alguien prometiese inventar una vida que se abstuviese de todas las funciones orgánicas. La ‘explotación’ no forma parte de una sociedad corrompida o imperfecta y primitiva: forma parte de la esencia de lo vivo, como función orgánica fundamental, es una consecuencia de la auténtica voluntad de poder, la cual es cabalmente la voluntad propia de la vida”.<sup>34</sup>

Este enfoque acogió con amplitud las exigencias de los empresarios, disconformes con los términos del pacto social fundacional de la República de Weimar. Si bien durante la mayor parte de la década de 1920 no todos los sectores de la economía privada se enfrentaron con los sindicatos y ofrecieron resistencias a las políticas impulsadas por los socialdemócratas, la crisis de 1929 debilitó la capacidad sindical para mantener la vigencia de los derechos alcanzados por los trabajadores, mientras que el desempleo permitió que los empresarios redujeran costes salariales y aumentaran la productividad restaurando gran parte de su poder disciplinario en las empresas. El mundo de los negocios comienza a considerar inviable el sistema de bienestar social que asegura el pacto con los trabajadores y comienza a designar a la república de Weimar como un “Estado sindical”. Los representantes de la industria pesada reclamaban el desmantelamiento del Estado de Bienestar, incluso antes de 1929 ya que “... la intensificación y extensión de los sistemas de autoridad interna en los establecimientos formaba parte del movimiento racionalizador de la década

33. Henry Ashby Turner, *German Big Business & the Rise of Hitler*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1985, p. 76.

34. Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 1997, p. 235.

de 1920”<sup>35</sup>. A partir de 1929 se produjo claramente lo que los economistas denominan como “crisis de oferta”<sup>36</sup>, o sea la negativa de las empresas a seguir produciendo en condiciones que limitaban su tasa de beneficios y que estaban determinadas por los costes del Pacto social y especialmente el Seguro de desempleo, aunque en sectores como la minería y la industria pesada ya se había manifestado antes del comienzo de la crisis mundial. Pero esta reticencia expresaba también la aspiración a recuperar el control absoluto sobre las condiciones de producción, la intención de desmantelar la capacidad de resistencia y negociación de los trabajadores a través de sus sindicatos. Con el comienzo de la crisis se sumó la magistratura laboral aportando los principios doctrinarios que justificaban este enfoque de las relaciones laborales, comenzando a fallar a favor del poder discrecional y autoritario (dictatorial decían en sus textos) de los empresarios para alcanzar una adecuada productividad. En 1931 afirmaba Otto Kahn-Freund: “Empresarios y empleados están unidos en un único organismo, una comunidad de trabajo, en la cual la subordinación voluntaria de unos al comando de otros redundaba en el objetivo común de la productividad”, mientras que la libertad individual quedaba subordinada a las necesidades e imperativos económicos de la empresa: “el empresario tiene poderes disciplinarios sobre el empleado; no se considera más la relación empleado/empleador en términos de igualdad, sino de subordinación bajo su poder. Ha sustituido (el derecho laboral) la obligación específica de realizar un trabajo, la cual es una parte esencial de la relación contractual, por una subordinación general”. Más adelante, en pleno régimen nacionalsocialista, estos principios eran confirmados, como muestra esta observación de Mansfeld, en 1941: “observamos que el contrato laboral entre iguales era sustituido por una “relación de lealtad” entre el jefe de empresa y su séquito [*Treueverhältnis*]”<sup>37</sup>. A

35. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity...*, op. cit., p. 33.

36. David Anisi, *Creadores de escasez*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 69-70.

37. Tim Mason, “The origins of the law on the Organization of National Labour of 20 January 1934. An investigation into the relationship between ‘archaic’ and ‘modern’”, op.cit., pp. 97-98.

este enérgico cuestionamiento de las relaciones entre capital y trabajo establecido en los fundamentos de la República de Weimar se sumaron otros factores que, junto con el rechazo del pacto social por los empresarios, contribuyeron a crear las condiciones para el acceso de Hitler al poder: la crisis de representatividad de los partidos del área conservadora y liberal, sumada al deseo del retorno de algún tipo de sistema autoritario similar al anterior a 1918 por las elites dirigentes, junto con la pérdida de capacidad de cohesión y movilización de la clase obrera por los partidos de izquierda, castigada por el agravamiento de su situación por el comienzo de la depresión y la pérdida de confianza de los trabajadores hacia sus propias organizaciones, lo que Tim Mason denomina como “pérdida de confianza en una identidad de clase opuesta al sistema económico”<sup>38</sup>. Simultáneamente la Depresión de 1930-33 otorgó a los nazis la posibilidad de presentarse como un partido moderno capaz de representar al conjunto de la sociedad para superar la crisis; y como consecuencia las elites que habían podido destruir a la república sin poder reinstaurar el régimen de preguerra le otorgan el poder<sup>39</sup>.

Los nazis utilizaron el valor del trabajo como criterio para señalar quiénes debían ser admitidos, aunque fuera en una posición subalterna, al tiempo que ampliaban el alcance de la categoría “trabajadores” para incluir en ella a quienes realizaban tareas de dirección u ocupaban cargos prominentes en la jerarquía empresarial. En ese sentido la “capacidad para el trabajo” era una de las variables principales, junto con el estado de salud y su condición “racial” para determinar, por ejemplo, su supervivencia o su exterminio tanto en el programa “Aktion T4” de “eutanasia” como en el proyecto de eliminación de condenados por delitos comunes elaborado mediante el acuerdo Thierack-Himmler de 1942<sup>40</sup>. El trabajo como instrumento de la productividad era al mismo tiempo un vehículo de regene-

38. Tim Mason, “The origins of the law on the Organization of National Labour of 20 January 1934. An investigation into the relationship between ‘archaic’ and ‘modern’”, op. cit., p. 88.

39. Detlev Peukert, *The Weimar Republic*, op.cit., pp. 278-280.

40. Michael Burleigh and Wolfgang Ippen, *The Racial State. Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 144-148.

ración y de diferenciación de las consideradas “raza parásitas” como los judíos.

El trabajo también adquirió bajo el régimen nazi un carácter destructivo inédito. La realización de trabajos extenuantes y sin sentido, como los de la siniestra escalera de Mauthausen, no sólo era un método de punición mediante la tortura sino también de degradación de la condición humana de los prisioneros, ya que el objetivo era el de generar en éstos el sentimiento de su inutilidad como hombres, la pérdida de su condición humana en la medida en que no eran admitidos para realizar trabajos que aunque fueran útiles para sus verdugos, les permitieran, mediante su eficacia, conservar su autoestima y sobrevivir<sup>41</sup>. Su deshumanización se objetivaba en el tipo de trabajo, similar al de bestias de carga, que eran obligados a realizar, y en el sinsentido de ese trabajo, diferente por su contenido y significación con otros tipos de trabajo forzado en los que los presos eran obligados a construir carreteras, canales o trincheras, en donde el trabajo no perdía su utilidad o sentido convencional. El trabajo como medio de exterminio cumplía aquí el exacto papel que define Wolfgang Sofsky para todo el sistema concentracionario nazi, donde “experimentaban” en la “planificada y estructurada mutación del ser humano”<sup>42</sup>.

Pero, simultáneamente, señalaban con su reducción al trabajo servil o vejatorio a quienes estaban excluidos de la *Volks gemeinschaft*, y esto no sólo entre los trabajadores forzados de los campos de concentración, sino también en el caso del Servicio de Trabajo Obligatorio instituido a partir de 1939 para la población definida como judía por los nazis y que se mantendría para aquellos que todavía no habían sido deportados o que tenían un “estatus” especial como el caso de los miembros de matrimonios mixtos<sup>43</sup>. La “vitalidad” de la

41. Nikolaus Wachsmann, “‘Annihilation through Labor’: The Killing of State Prisoners in the Third Reich”, *The Journal of Modern History*, Volume 71, Issue 3 (Sep. 1999), 624-659.

42. Wolfgang Sofsky, *The Order of Terror. The Concentration Camp*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 276-281.

43. Alf Lüdtke, “People Working: Everyday Life and German Fascism”, *History Workshop Journal*, Issue 50, 2000, pp. 75-92.

comunidad étnica era asegurada y complementada por la “comunidad de los excluidos” o la “comunidad del vacío”: el sistema represivo constituido por las normas que excluía a los “ajenos a la comunidad”, los campos de concentración e incluso su eliminación física. Al mismo tiempo la vitalidad de esta realidad “dual” era reforzada por la promesa de recompensas para los miembros de la comunidad que se comportaran según las expectativas creadas por la dictadura nazi. Es el racismo dual del que habla Nikolaus Wachsmann.

En definitiva un balance dinámico y permanente de castigos y recompensas para garantizar la absoluta ausencia de conflicto, el capitalismo sin lucha de clases, la *Sicherheit* tantas veces anhelada y anunciada en los pliegues de la “revolución nacional y popular”. Como también afirma Peukert, la política laboral fue una combinación entre la estrategia de la tensión de un terror y represión sostenida hacia los trabajadores y la concesión de algunas ventajas de bienestar social, que servían aún más para señalar con un trazo grueso la barrera que separaba a incluidos de excluidos de la comunidad nacional, y que tenían como objetivo impedir una nueva situación potencialmente revolucionaria como la protagonizada por el movimiento obrero en 1918 cuando contribuyó a la caída del *Kaiserreich* y la fundación de la República. Un régimen en el cual la guerra de expansión imperial era un objetivo prioritario lo último que podía desear era una insurrección que impidiera el concentrar toda la potencia del estado en el esfuerzo bélico. La visión de la no-comunidad como amenaza a los que se desviarán de la conducta social esperada por los nazis introdujo las leyes del campo de concentración en el corazón mismo de la sociedad<sup>44</sup>.

En general el trabajo forzado se utilizó como complemento del trabajo libre, coexistiendo no sólo física sino técnicamente: utilización de métodos y técnicas de ahorro de trabajo (maquinaria y racionalización) junto con la utilización de métodos de trabajo intensivos, que en el caso de los prisioneros acababan con la muerte. Se considera que su utilización se debió, en el contexto de barbarie promovido

44. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity...*, op.cit., pp. 31 y 248.

por la radicalización del régimen nazi, a la escasez de mano de obra alemana disponible, porque el llamado a filas había restado una gran parte de la fuerza de trabajo, pero también por una escasez relativa debido a la gran exigencia productiva que el inicio de la guerra demandaba. Sobrevive el debate sobre si la utilización de trabajo esclavo en una economía tan avanzada como la alemana de esa época tenía un carácter contingente, y estaba dictada por la necesidad imperiosa de compensar el crónico déficit de mano de obra que generaba una industria de guerra gigantesca, o en realidad era el resultado obligado de la aplicación de su proyecto racista. Si bien no siempre las empresas optaron en primer término por la utilización de trabajadores forzados, su empleo acabó siendo siempre una iniciativa de las mismas, e incluso los criterios racistas aplicados en la selección de trabajadores procedentes de los campos de concentración fueron aplicados no sólo por las SS sino también por los cuadros directivos de las firmas industriales que explotaban el trabajo esclavo<sup>45</sup>. La concepción de una jerarquía racial que proponía la existencia de seres infrahumanos no sólo proporcionaba a la operación la coartada y justificación necesarias para que quienes debían administrar, vigilar y castigar a esa mano de obra esclava no tuvieran ningún tipo de reparo moral en hacerlo, sino que a imposición objetiva “construía” realidad de tal modo que se transformaba en el sustrato de una nueva escala de valores en las que la desigualdad, la hiperexplotación y el exterminio de los considerados seres inferiores, a los que el mismo tratamiento a que se los sometía tenía por objetivo despojarles de su condición humana, resultaba no sólo “normal” sino “necesaria”. Sin embargo también se registran ejemplos de utilización de métodos de racionalización en trabajadores forzados como es el caso de la empresa *TexLed Textil und Lederwertung GMBH* (textil y piel), que utilizó prisioneras del Campo de Ravensbrück<sup>46</sup>. El paradigma de la producción flexible exige estructuras no jerárquicas, máquinas mul-

45. Bertrand Perz, “Der Arbeitseinsatz im KZ Mauthausen”, Ulrich Herbert, Karin Orth, Christoph Dieckmann (Hg.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Göttingen, Wallstein Verlag, 1998, pp. 550-552.

46. Michael T. Allen “Flexible production in Ravensbrück concentration camp”, *Past & Present*, pp.165, 1999.

tioso y personal muy cualificado; todo lo contrario de un sistema que utilizaba trabajadores esclavos. Este ejemplo permite sostener la hipótesis de que un nivel de tecnología elevado no es incompatible con una organización férreamente jerárquica y autoritaria. Se produjo por lo tanto una correspondencia y una adaptación mutua de los objetivos dictados por el orden racista y las necesidades productivistas exigidas por el régimen y los empresarios industriales que se manifestó claramente en el ámbito del sistema concentracionario.

La dictadura nazi significó la mayor forma de exclusión social conocida hasta ahora, ya que delimitó el interior y el exterior del espacio social, condenando a los excluidos no sólo a la prisión y la esclavitud, sino también al exterminio. La organización del trabajo condujo a cristalizar las relaciones de poder habituales en la producción capitalista, y más aún el carácter político de esas relaciones de poder que en el capitalismo liberal quedan subsumidas en una fenomenología técnico-económica. Al interior de la comunidad y de su réplica productiva, la comunidad de fábrica, la aplicación de los procedimientos de racionalización pretendieron crear en los trabajadores la sensación de que sus ingresos estaban determinados objetivamente "mediante métodos científicos" que hacían innecesarios los mecanismos de negociación previos a 1933. El otro mecanismo con el que pretendían controlar los conflictos sociales era que esta doble estratificación creaba un sistema de castigos y recompensas para asegurar la fidelidad y el consenso de los incluidos, especialmente aquellos que continuaban siendo la base de la pirámide social. Cuando la puesta en marcha del Plan Cuatrienal produjo una escasez relativa de trabajadores, especialmente muy cualificados, por el aumento de la demanda de fuerza de trabajo por la industria armamentista, éstos se vieron favorecidos por mecanismos que dependían más de la dinámica del mercado de trabajo que de la estructuración de la comunidad nacional. Ésta tenía un efecto indirecto, al permitir que se beneficiaran los que estaban incluidos en ella y al mismo tiempo les señalaba los límites que no podían atravesar so pena de pasar a la categoría de excluidos. No olvidemos que el campo de concentración estaba reservado para cualquier tipo de disidencia (había incluso pequeños campos anexos a grandes empresas), entre ellas y espe-

cialmente la agitación laboral, aunque ésta no implicara el intento de recrear organizaciones comunistas o socialdemócratas.

La segunda regulación de la conducta de los trabajadores alemanes por parte del doble sistema, se manifestó a partir de la utilización masiva del trabajo esclavo, ya que nuevamente los trabajadores alemanes especializados tuvieron el papel de supervisores y capataces de la mano de obra forzada. Como afirma Rüdiger Hachtmann: "A partir de los criterios racistas para la estructuración social europea, para los nazis ningún trabajador alemán debía realizar trabajos no cualificados, sino que como miembros de una aristocracia aria de trabajadores sólo debía realizar tareas muy cualificadas"<sup>47</sup>. Por ejemplo, las líneas de división biológicas y clasistas en la sociedad nazi eran tan fuertes que diluían la división sexual presente en otras sociedades capitalistas. Aparentemente existía una base misógina en la ideología nazi, debido a la reticencia de éstos a permitir o promover el acceso igualitario de las mujeres al mercado de trabajo, y su insistencia en el papel de madres y reproductoras de futuros trabajadores y soldados necesarios para la expansión de Alemania. Sin embargo, incluso en este aspecto más que de una discriminación sexista podría hablarse de una específica manifestación de la división del trabajo en una sociedad donde la especialización y designación del lugar de cada miembro se intentaba establecer permanentemente. Podríamos decir que la ideología nazi era un pensamiento fuertemente taxonómico, y que la taxonomía era la base de la estructuración social. Esto tampoco se contradice con la presunta movilidad social que permitió el nazismo, ya que si bien las antiguas elites perdieron parte de su influencia en determinados sectores como el ejército o la administración estatal, el ascenso social de miembros de las clases medias o incluso de orígenes más humildes se debió fundamentalmente a su pertenencia al partido nazi<sup>48</sup>. Pero el papel reservado a la mujer, lejos de ser subalterno, era de un claro significado político, en la medida

47. Hachtmann, Rüdiger, *Industriearbeit im "Dritten Reich". Untersuchungen zu der Lohn und Arbeitsbedingungen in Deutschland, 1933-1945*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1989, p. 84.

48. Dick Geary, *Hitler and Nazism*, op. cit., pp. 53-54.

en que los nazis tenían como objetivo fundamental el conseguir construir una sociedad racialmente homogénea, donde la raza era un concepto biológico vinculado a la eugenesia y dependiente de la conservación de la estirpe y la transmisión de caracteres hereditarios, por lo tanto donde la procreación tenía un papel fundamental. Ya no era sólo el mecanismo para el crecimiento demográfico alemán, sino además el medio para asegurar la homogeneidad y, de acuerdo con la ideología nazi, la superioridad racial del *Volksgemeinschaft*. Las mujeres de la comunidad nacional devenían de este modo verdaderas “funcionarias” de la política racista<sup>49</sup>. Como escribe Geary, la Liga de Mujeres Alemanas resultó una experiencia liberadora, lejos de la tutela familiar, para muchas jóvenes de clases medias<sup>50</sup>.

A pesar de todas las proclamas e intenciones nazis anunciando el fin de la lucha de clases y la instauración de la armonía y al colaboración social, las diferencias entre la clase obrera y las otras clases sociales se profundizó. El sistema de relaciones y condiciones laborales, no sólo desde el punto de vista técnico, sino también a través de las prestaciones que los obreros recibían o les eran negadas, era una consecuencia de la aplicación consecuente de los principios social-darwinistas y apuntaba a individualizar a los trabajadores mediante un proceso de “selección” producida por su rendimiento laboral, que vinculaba productividad y conducta sumisa a los requerimientos de la dirección de las empresas, con el objetivo de moldear al obrero perfectamente ajustado a los objetivos del productivismo, aislado de sus compañeros de clase y despojado definitivamente de los recursos que la red de solidaridad y complicidades había tejido lentamente con el desarrollo industrial previo, y que le habían permitido defenderse, al menos parcialmente, de las exigencias y presiones patronales<sup>51</sup>. En ese sentido la organización nazi del

49. El matrimonio fue biologizado y medicalizado, sometido a un control científico y burocrático que contribuyó a la supresión de las libertades individuales, incluso en la población incluida en la “comunidad nacional”, Gabriele Czarnowski, “Women and Marriage under National Socialism”, en Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and contrasts*, Cambridge, CUP, 1996, pp. 111-112.

50. Dick Geary, *Hitler and Nazism*, op. cit., p.55.

51. Rüdiger Hachtmann, *Industriearbeit im “Dritten Reich”...*, op. cit., pp. 307-308.

trabajo representaba un triunfo de las aspiraciones más radicales de la organización científica del trabajo, porque adquirió la condición plena de “maquinización”. Se suprimió su carácter “humano”, como actividad que debe tener como única finalidad al propio trabajador, como proceso autoformativo, para pasar a ser un proceso integrado al complejo mecánico y energético, donde se intentó transformar a los seres humanos en entes cibernéticos mediante la aplicación de la OCT que hicieron los nazis, desplazando al hombre de su lugar como sujeto y objeto del trabajo para pasar a ser otro “medio” más de trabajo. Al mismo tiempo el nazismo desarrolló un gigantesco sistema de trabajo esclavo fundado en sus propias concepciones biopolíticas, las mismas por las que se proponían una “mutación” de la especie humana, y que incluía como acción inherente el más brutal genocidio que conoce la historia humana.